

# El reflejo dorado de la inmortalidad

EL RELATO

Escribe: MILCIADES AREVALO

El hombre que estaba sentado en la puerta hilando sus recuerdos lo vio pasar montado en una mula. Llevaba un sombrero de corcho y unas botas del mismo color que le llegaban hasta la rodilla. Se le notaba el cansancio del que mucho ha andado los caminos del mundo. Se detuvo en la esquina de la plaza, frente a la casa que siempre permaneció deshabitada. Bajó de la mula y la amarró en el horcón del parque de flores tristes. Era encorvado y alto, con unos ojos azules muy grandes y el cabello de paja. Tenía unos cincuenta años y las manos cuerudas y fuertes. Sus movimientos eran nerviosos, resortados. No demostraba prisa alguna para llegar aunque siempre estaba como a punto de partir. Parecía conocerlo todo y el mundo se reducía a una bolita de barro.

—Es ist ein tristes dorfauf der Hochebene— pensó, reconociendo el lugar donde estaba parado en ese momento. Olfateó las calles impregnadas de salitre y lodo. Avanzó unos pasos. Golpeó largo tiempo en la puerta que tenía al frente hasta cuando un muchachito escuálido que atravesaba el parque diagonalmente, le gritó:

—¡Todos están muertos!

El extranjero intentó descubrir de dónde venía el grito pero no vio a nadie cerca. El viento peinaba los eucaliptus y tres cuerdas más abajo, un hombre a quien parecía no importarle la vida de los demás, hilaba recuerdos, mirando sin ver las nubes del horizonte.

Franqueó la entrada, devorada por líquenes y yerbajos, recorrió las infinitas habitaciones llamando con voz gutural que hacía eco en las paredes desconchadas y, finalmente, se detuvo

en el patio donde el sol de julio mordía las enredaderas. Sintió una especie de gozo cómplice, muy cercano a la felicidad. Entró y salió varias veces, como temiendo que alguien le disputara un sueño por fin alcanzado. Garabateó unas letras sobre el pañete de la entrada. Las letras decían: "Propiedad Privada".

Al pueblo llegaban todos los días dos trenes. El tren de la mañana era tan largo que demoraba una eternidad subiendo la cordillera. Los vagones iban cargados de aceite, bultos de arroz, ganado y encomiendas. En el tren del anochecer y especialmente en los días de fiesta, llegaban innumerables forasteros, espectáculos circenses, gitanos y hombres dispuestos a la aventura que trampeaban con sus ruletas a los desprevenidos habitantes del pueblo y luego se perdían en la agonía de los recuerdos.

El extranjero no llegó como los demás, sino por un camino de herradura un asoleado jueves de julio cuando todos dormían la siesta y pasó desapercibido.

El pueblo quedaba en los linderos de una meseta y la cordillera. No tenía historia ni héroes pero había sido elegido como paso obligado para las rutas del tren que habrían de llegar al mar.

Las casas de los habitantes no eran nada ostentosas pero se diferenciaban entre sí de acuerdo a las clases sociales establecidas. Las de los comerciantes eran de ladrillo, situadas en su gran mayoría alrededor de la plaza y albergaban los almacenes provisionados abundantemente con telas, especias, quincallería, vinos importados, vajillas de Sevres y abanicos de la China. Las casas de los artesanos eran de tierra pisada y adobes. Los artesanos no conocían otro esplendor que el de las ferias y fiestas donde vendían materas, guitarras, pajaritos de dulce y competían con los gitanos que para esos días instalaban sus toldos junto a la estación canjeando caballos, comida y objetos de cobre por pepitas de oro y el destino de los hombres y las mujeres del páramo en hojitas de la suerte.

Los habitantes nunca esperaban nada. Eran buenos los padres y los hijos. No conocían otro idioma que el trabajo. Sus caminos llegaban hasta las fronteras del polvo y como derrotados héroes de la nada, compartían el pan y las herramientas. El párroco se pasaba los días bostezando en la terracita de la Casa Cural con la biblia bajo el brazo y los fines de semana repartía bendiciones a los feligreses, recordándoles el tiempo de la lluvia y el verano, las indulgencias y los tortuosos caminos del infierno.

Cuando alguien regó la noticia, nadie la creyó, ni siquiera cuando en Semana Santa la procesión pasó frente a la casa que habitaba el extranjero, quien ante el estropicio y la algarada fúnebre, abrió la ventana y asomó su cabeza amarilla con el sombrero de corcho. Los vio avanzar despacio, cansados, vestidos con jubones negros sobre las calles enfangadas. Cuando se detuvieron para mirarlo, el párroco se acercó y regando agua bendita, lanzó un anatema:

—¡No es de cristiano saludar al Señor con el gorro puesto!

El extranjero cerró la ventana y con el compás marcó un punto en las cartas geográficas. La procesión avanzó, ahora con más dificultad y remordimiento, dándole vueltas al parque de flores tristes.

Unos muchachos de la escuela que jugaban rayuela lo vieron un día cuando montaba en la mula con un sextante y un mapa. El los llamó y les habló en un lenguaje extraño, del otro lado del mar. Eso pensaron los muchachos cuando lo tuvieron frente a ellos, señalándoles las montañas cercanas. Luego se alejó hacia el horizonte. Cuatro días más tarde, los Notables del pueblo registraron a Hamnus Berg, natural de Ulm, de nacionalidad alemana en sus conversaciones habituales pero como les fue difícil acostumbrarse a sus actos, optaron por ignorarlo.

Años más tarde, aparecieron en la estación innumerables viajeros extraviados que huían de la guerra europea. Alemania era un recuerdo doloroso para ellos. Hitler había sido derrotado. Del imperio más grande de la tierra quedaban las cenizas que el viento empujaba hacia América. Fue la única época de bonanza que se vio allí pues, entre los muchos inventos que trajeron, estaba la luz de neón, la carne en conserva, los encurtidos y las galleticas de soda.

Al principio les fue difícil comunicarse pero pronto establecieron signos convencionales que la cotidianidad hizo familiares. Con el tiempo, caminaban confundidos con campesinos, gitanos y aventureros. Un teatro callejero que había agotado los caminos para llegar al mar, también decidió quedarse y en un galpón de la plaza presentaron las primeras funciones que, para asombro de los Notables, reunía a todos en prolongados aplausos y sonrisas.

Hamnus Berg, no se inquietó, tampoco cambió su forma de vida en lo más mínimo. Siguió viviendo a la entrada del pueblo

en la casa de tejas de barro y adobe y la fue llenando de cartas geográficas, helechos y plantas ornamentales. Poco a poco construyó un horno de fundición, en el patio. Parecía que desde siempre habitaba allí.

Desde muy tempranas horas de la mañana ensillaba la mula y recorría las veredas y caminos comprando chatarra, ollas viejas de aluminio, calderos de cobre, piezas de reloj que luego fundía en el horno. Regresaba con el cansancio auestas, casi al anochecer, con el viento helado del páramo y un rin rin de hierros que desvelaba a las señoras. Cerraba la puerta y se perdía en elucubraciones junto al crisol.

Un domingo al anochecer, después de la función del teatro callejero, exactamente cuando la muchacha de los senos de manzana comenzaba a desdibujar las cosas con lánguidas miradas de deseo, los habitantes vieron el esqueleto de un artefacto difícil de imaginar que se levantaba sobre el techo de la casa. Al principio pensaron que era un telescopio pero alguien afirmó que era una antena con la que el extranjero, por medio de las ondas hertzianas, se comunicaba con los derrotados generales que habitaban el palacio de sueños bajo el destruido Reichstag. Al medio día del lunes, el extranjero desvirtuó los rumores:

—Es un dirigible que me llevará al mar...

Le dijo a uno de los Notables con los signos que habían construido para entenderse. El Notable que no creía en la magia ni en el áspero acento del extranjero, apenas tuvo tiempo de responderle:

—Lo único que lo llevará al mar, será el tren—. Señalándole los durmientes de la línea, agregó: —En quince años, más o menos, terminarán de romper la selva y todo lo que hemos soñado pasará ante nuestras narices como un espejismo.

El extranjero calló ante la incredulidad del más sabio de los Notables, pero no se inquietó. Caminó hasta la tienda del suizo y compró dos latas de salchichas, un pan grande y una botella de vino. Era un día memorable: Había terminado el armazón del dirigible.

El hombre que hilaba recuerdos, sentado en la puerta tres cuadras más abajo, tan pronto vio el armazón brillando contra el cielo, se dijo, iluminado:

—Hamnus Berg, padre, llegó a este pueblo como él, montado en una mula hace treinta años buscando un camino hacia el mar. Fue el primero que trajo el tren a estas alturas. Nadie creyó que lo lograra como tampoco creyeron que tenía parientes, ni mucho menos se preguntaron de qué lugar del mundo venía. Cuando murió lo enterraron como el más desconocido de los mortales en el patio de la casa donde ahora el hijo construye un dirigible.

En el tren del anochecer llegaron las primeras y últimas noticias del día. El fogonero descargó en la estación un cargamento de periódicos que el viento comenzó a dispersar en las calles y cayó muerto, llevándose en los labios el secreto de los que nunca conocieron el mar. Uno de los Notables, recogió un periódico y lo llevó a su casa, frente al parque de flores tristes. Se sentó en su silla de terciopelo, se ajustó los aros de carey y comenzó a deletrear los grandes caracteres tipográficos de la primera página: El gobierno central desistía de continuar sus intentos de llegar al mar. Y más adelante: Una cuadrilla de baquianos había encontrado a su paso gargantas rocosas y precipicios inescrutables para la mente de los hombres, así como una tropa de payasos que habían huído de un circo donde se estaban muriendo de hambre, todavía con sus ropajes y su risas puestas y un florecimiento de líquenes entre las vértebras. El Notable se recostó contra el espaldar de su silla arzobispal donde tiempo atrás soñara el porvenir del pueblo. Miró la casa del alemán, puso los ojos en el horizonte, tomó un vaso de agua y cayó muerto. Lo mismo ocurría esa noche en las casas vecinas, en el toldo de los gitanos, en el galpón del teatro callejero, en las casas de citas y en la casa de juego de la ruleta. La nostalgia del mar los había envuelto, devorándoles los sueños.

El tren quedó en la estación como un elefante de invierno, inútil y una capa de óxido comenzó a desmoronarlo.

Hamnus Berg siguió trabajando, sin importarle el mundo que se deshacía en las calles del pueblo y su casa permanecía incólume a los asaltos del tiempo, como si un aro magnético la protegiera desde siempre. Los más decían que era cosa del aparato instalado en el patio y con el que recibía mensajes de las estrellas. Pero no había tal. Trabajaba con furor, día y noche, ajustando las últimas tuercas, como anotando los diferentes cambios atmosféricos de la región y corrigiendo las rutas del cielo en las cartas geográficas.

Cuando una mañana, después de tomarse una taza de chocolate, notó que en el pueblo había cesado la bullaranga de los vendedores de paraísos artificiales, abrió la puerta de su casa, recorrió las calles, pasó frente a los telégrafos y llegó hasta la cigarrería del suizo, instalada junto a la estación y se encontró con los periódicos amarillos que había abandonado el fogonero la noche de la nostalgia, pensó, angustiosamente:

—¡Alle sind, alle!

Se sintió sólo, abrumado. Desandó sus pasos y tuvo el irrefrenable deseo de huir antes de que la muerte lo alcanzara.

El hombre que estaba en la puerta acabando de hilar sus recuerdos, lo vio pasar sobre el techo de su casa pero sin mirarlo, apenas respondiendo el saludo mecánico que el extranjero lanzaba desde el aparato. Cuando lo miró por segunda vez, ya iba más allá de los tejados de la iglesia, casi sobre el galpón del teatro callejero y se dio cuenta que había envejecido tanto que su espalda semejava la giba de un camello y que tal vez nunca lo volvería a ver si los vientos del páramo lo empujaban hasta la otra orilla del mar donde no existían los recuerdos ni la muerte.